

## Y AL COSTADO DEL CAMINO

### I

Dicen que eres un ángel  
porque tienes las uñas moradas  
la cara lavada y blanca  
y el cigarrillo trémulo en los labios  
como temor de labio entre 2 gritos

Dices que eres un ángel  
porque agachadita engulles el agua en el centro de las plazas  
y devuelves el insecto  
a Gregorio Samsa –El hombre sin milagros–

Sí, yo sé, ya sé / no son suficientes  
los lunares que –seguramente– llevas en el pecho  
para ser lo que eres  
también cuentan las sombras en el vientre  
tu cuerpo oculto bajo loba  
y tu poca lágrima  
al lado siniestro de Rómulo –el hijo gordo–

Dices que eres un ángel  
de esos que usan pelo negro como los hombres  
de esos

sensuales como adoquines  
y cargan espejo

Dices que eres un ángel  
sólo porque te sientas bonito  
cual brillo de arete en la intimidad de la orgía  
o simple y llanamente  
porque tienes los dientes de liebre y el sol te duele

## II

Dices mucho y digo poco  
yo seguiré callando  
y seguirán tus labios partidos partiendo palabras  
como se parte el café con un sorbo  
No digamos más –mas tú insistes en ser ángel  
de esos que son hembras como demonios  
de esos

que ponen fin a sus novelas y llevan  
el horror al vacío en sus 10 dedos de nazca  
–los ceramistas del caligrama–  
pero hoy me has dicho que eres ángel  
porque yo te lo permito  
porque sientes mi cuerpo a tu lado en el tuyo  
mar adentro  
más próximo a ti que conmigo

Sí, yo sé, ya sé / para ser lo que eres  
también cuentan tus senos pequeños  
cual cachorros de gato o migas de pan  
Pero no es necesario que muestres el número en tu frente  
ni ponerse desafiante a las manecillas del reloj  
para ser lo que eres  
bastan las uñas moradas y el cigarrillo entre los dedos.

## DESIDERATUM

Mis ojos son como rastrillos en tus ojos  
clavados en la ojera para hacer castillos de arena

*Martín Horna Romero*

*He abandonado mi cuerpo  
Como el naufragio abandona las barcas  
O como la memoria al bajar las mareas*

E. A. WESTPHALEN

**EPITAFIO**  
+

**Q. E. P. D.**

Aquí yace un hombre  
a quien los aires le temían, a  
quien la frente parecía caérsele de la frente,  
a quien sus propias manos lo hicieron muralla. Un  
hombre que oscila fácilmente entre edénico y judásico. Y en  
ocasiones hurgaban por especias en distintas cuencas de Falopio.  
Su nombre era mi padre. Y las hebras de sus cejas, que eran remos  
sobre el tiempo, conquistaron a mi madre.  
Ella me enseñó a amarlo, separando hábilmente a los mares del  
océano; y así aprendí a querer al mar padre de mi padre.  
Pero, finalmente, el tiempo se lo llevó consigo:  
sus remos se agotaron, la lengua se le hizo trapo  
y los aires lo hicieron parte de sus  
periplos en las playas. Entendí, entonces,  
que los aires lo esperaban, nunca le temieron.

*Martín Horna Romero*

---

**MARTÍN HORNA ROMERO.** Estudia Literatura en la UNMSM. Ha publicado en la Revista *Apeirón*.